



Globalización, migración y derechos humanos

Paradojas y complejidades de la Migración en el Ecuador*

*Roque Espinosa**

Aún recuerdo cuando hace una década atrás nos íbamos en manifestación de parientes al aeropuerto a despedir a una tía a un hermano, a una prima lejana, a un conocido, a un amigo que era más que un hermano.

Era una larga odisea que nos obligaba a lidiar con los adioses. todos estábamos malanochados por el chupe y la farra, la comida y la despedida. el que menos olía a trago, tenía los ojos rojos, más que por el llanto por el chuchaquí, y cada cual, a su manera, esperaba que viniera rápidamente el avión y se llevara al viajero, de manera de poder reponerse del prolongado festejo. eran despedidas felices porque se sabía que el tío, el primo, el amigo, el pana, el más que amigo, la novia, iban a volver.

Eran despedidas que habían empezado unos días antes aunque se habían forjado meses atrás, durante los cuales se había anunciado, conversado, decidido la gente a viajar. sobre todo, se había dado vueltas en la cabeza una idea que con el correr de los días y de los meses había incrementado la ilusión y había suprimido el desasosiego. y con ello había transformado los adioses en fantasías y promesas.

Aunque muchos se iban para quedarse, la mayoría se iba con la certeza de que iba a regresar más pronto que tarde. Y, entonces, las lágrimas y las bendiciones, tenían algo de conjuro y señuelo para que nadie se atreviera a alejarse definitivamente. eran despedidas forjadas en el reencuentro y construidas desde

los adioses pasajeros. encerraban promesas y certezas. sueños e ilusiones.

Por eso, cuando alguien regresaba, como en un cortejo que era la continuación de los bautizos y los casamientos, toda la familia y los parientes llegaban al campo de aviación, sonrientes y curiosos, esperando al viajante con alegría, aún cuando sus ausencias hubieran sido largas. lo esperaban para que viniera a contar de las Europas, de los estados unidos y de los gringos de uno y otro lado del mar, así como de las mujeres fáciles, de las formas suprimidas de sexo, de los paisajes inimaginados, de los rascacielos, de la mala comida, de las anécdotas del viaje y de los contrastes. los esperaban con los brazos abiertos y, en los reencuentros como en las despedidas, se reeditaban las lágrimas, las bendiciones y las exclamaciones de felicidad y sorpresa.

Así, ese largo cortejo que vino a dejarle unos meses atrás, volvía llevándose al viajero, como un campeón triunfante. y nuevamente se iniciaba la fiesta, el chupe, la comida. y al ágape y tomatina de otras noches le sucedían las conversaciones, las confesiones y las promesas que tenían ese extraño sabor de "nunca más" y "no hay mejor cosa que estar lejos para darse cuenta". eran ausencias que se consideraban pasajeras, a pesar de que el retorno del ausente se hubiera prolongado más de la cuenta y algunas mujeres se hubiesen cansado de tejer, el perro de la casa se hubiera quedado ciego y el abuelo que estaba por morirse se hubiera, por fin, animado a hacerlo.

De ese modo, el viaje, la despedida y el retorno, tenía algo de una continuación mágica y maravillosa, que compensaba el extrañamiento, las tristezas y los olvidos pasajeros que eran confesados a dios y al ángel de la guarda como un pecado. el viaje tenía, además, un desenlace feliz que se expresaba en una serie de homenajes que culminaban cuando el viajero abría la maleta y en un ademán de brujo sacaba los regalos y, ante el pasmo y la sorpresa de los concurrentes, iba entregando a cada uno lo que les había traído de esa fuga por el otro lado del mar y las ausencias. a la felicidad del retorno se añadía así la felicidad de los obsequios que ratificaban los compromisos con las familias, los amigos y los entornos que forman parte de una historia hecha en la reiteración y escasamente en las partidas.

Sin embargo, desde hace unos años, cuatro o cinco años atrás, estas despedidas pasajeras y extraordinarias, se han hecho cada vez más continuas y menos eventuales. grupos y masas de gentes, han empezado a copar los terminales de buses, los aeropuertos, los pequeños muelles. así, las despedidas se han vuelto cotidianas. ordinarias. y los cortejos se han hecho cada vez más restringidos. a lo mucho las hijas y la mujer, un allegado lejano y, de vez en cuando, una amiga para sostener al cónyuge cuando se desmaya o se sienta a llorar en el filo de la acera, a la salida del aeropuerto, al final de la pista, cuando por última vez alzan la mano y en un prolongado acto de protesta, se despidan de los que se van.

El cortejo será corto, limitado. pobre. seguramente, porque no ha habido fiesta de despedida, ni chupe hasta el amanecer, ni se han roto vasos y destapado botellas, ni se han hecho ninguna clase de promesas. seguramente porque en medio de las presiones inmediatas por sobrevivir, en medio de la escasez de dinero, nadie habrá querido confesar de que otro miembro de la familia se ha ido del país para que, al igual que las cambiadas de casa el sábado por la noche, ninguno de los vecinos se entere de la partida. y nadie le exija al viajero pagar las deudas vencidas, las pensiones del colegio, el arriendo de la casa, las deudas de la tienda. seguramente también para que los familiares y parientes, al igual que en los funerales, no se vean forzadas a encontrarse y contarse las penas y ello acentúe la tristeza de la partida.

Seguramente también porque nadie querrá entrar en otros gastos, a más del valor del pasaporte, los impuestos de salida, el pago del pasaje, y ello les obligue a confesar en el círculo

de amigos que se ha vendido las últimas dos vacas, el terreno de la herencia, y se ha hipotecado la casa y se han empeñado las joyas, tanto como el alma al diablo, firmando letras con el chulquero, el coyotero y el primo rico que, desde la crisis, mira con desidia el destino de los parientes que tienen la una pata en la calle y la otra en la miseria.

Posiblemente porque, en los últimos años, el llanto de las despedidas se ha tornado no compartido, amargo y más triste que la tristeza de los entierros. porque las partidas al extranjero, no aparecen como partidas para siempre, ni pueden ser olvidadas definitivamente. y porque crean los espejismos y las posibilidades de esperanza y reencuentro que, poco a poco, se van disolviendo, acentuando la amargura y extrañamiento, de los que se quedan.

Y porque tantas partidas masivas y anodinas a nadie importan. ni siquiera a los que hace unos años frecuentaban el hogar y estuvieron juntos en esos actos sociales que, debido a la pobreza generalizada, se han hecho más espaciados convirtiéndose, cuando se celebran, en desencuentros públicos. y porque esta escasa importancia se traduce en un acostumbramiento obligatorio y cínico de los que se quedan, semejante al de los transeúntes cuando alguien se acerca a pedir caridad, y nadie parece mirar ese lado de la vida, que pone al descubierto el abandono y la miseria a la que buena parte de la población está sujeta.

Y porque ese mismo cinismo detiene las respuestas sociales y ataja las propuestas del estado. y los traslada a un horizonte informe y abstracto en donde los inmigrantes aparecen en las estadísticas oficiales únicamente cuando envían dinero del exterior y ello ayuda a equilibrar el presupuesto del estado, la balanza comercial o la balanza de pagos, de un país que es externo a la problemática desatada y que con ello escamotea los problemas que acarrea, y que es incapaz de entender el sentido y el significado de esta fuga sin fin, que se ha hecho masiva y oscura.

Quizás porque ningún funcionario público, ningún político de paso, ningún congresista o profesor universitario, es capaz de entender la larga odisea de volver a casa desde el terminal de buses o del aeropuerto sin uno menos de la familia y empezar a acostumbrarse al extrañamiento y al olvido, en un contexto en donde el amor es imposible y las promesas no pueden ser duraderas. quizás, porque al poder de los que tienen el poder y a los epígonos y

representantes del mismo, les es imposible entender que para que uno de la casa se pueda ir ha sido necesario que la familia se haga más pobre en la vaga esperanza que, allá en el extranjero, en España o Italia, en las viejas Europas, el hermano, el padre, la esposa, puedan encontrar trabajo. y, gracias a las oraciones de los que se quedan, puedan empezar a enviar un poco de dinero para pagar las deudas, el arriendo, los vestidos y las medicinas y de los guaguas que se han acostumbrado a dormir con el estómago pegado al espinazo.

Porque nadie o quizás muy pocos son capaces de entender de qué modo se han fracturado los lazos familiares y hasta qué punto las familias ya no pueden soportar este goteo de los miembros que se van, dejando atrás una realidad sin horizontes para enfrentarse a vivir otra realidad poblada de incertidumbres, como la que encierran los lugares a los que se dirigen.

Hace tiempo, seis o siete años atrás, se podía llegar a Europa: Francia, Italia, sobre todo, España, sin muchos contratiempos. para ese momento la situación del país no se había deteriorado a los niveles actuales. y la migración no había adquirido las características presentes. es decir, no era masiva, transcontinental, crecientemente femenina.

Al comienzo se fueron pocos. éstos sentaron las bases para que se fueran más y aquellos forjaron las expectativas para que se ausentaran muchos más. así, en medio del desencanto por el país, se fue poblando de expectativas el imaginario de vastos sectores que hicieron de traslado a otras partes una salida esperanzadora. así, arrogantes todavía, unos años atrás, partieron del país arquitectos, ingenieros, técnicos de computación, maestros, secretarías, antiguos burócratas, chóferes y, poco después, inseguros y con miedo, saloneros, meseras, cuidadores de párvulos, enfermeras, campesinos del sur del país y de las zonas bajas de la Cuenca del Guayas, caficultores de Manabí. cholos y chazos lojanos que se habían cansado de andar por los interminables caminos de la desventura y desamparo.

Todos ellos fueron recorriendo las rutas de sus predecesores y cada cual a su manera fue reinventando esta rutina y forjando otras rutas. otras maneras de partir y llegar. otras formas de despedirse y otros adioses. a ratos, más amargos pero, a pesar de todo, optimistas hasta que, hace poco, se tornaron oscuros y, ahora,

francamente negros. y las esperanzas como los destinos, insondables.

Al comienzo, como todos los comienzos, "los que se fueron" encontraron trabajo fácilmente. sobre todo, en esas tareas postergadas por los europeos: limpiar y arreglar la casa, cuidar a la vieja ciega, al padre enfermo, a la tía olvidada. podían encontrar trabajo cuidando niños, sacando a pasear el perro, podían servir como saloneros, meseras, cocineros cuya fama los precedía desde los días en los que los latinoamericanos y, especialmente los ecuatorianos, se fueron a la ciudad de las dos torres. también podían emplearse en la reparación de sifones, podían ubicarse como obreros de la construcción, integrarse como marinos y ayudantes de cubierta. más tarde, los más pobres pudieron encontrar, después de tanto buscar, ocupación en las labores del campo, sobre todo, en la baja Andalucía en donde se requería mano de obra para recoger la uva y oliva y trabajar en los invernaderos que producían tomate, lechuga, cebollas, brócoli. actividades que les permitían a los pequeños productores de esas zonas disponer de mano de obra barata para poder competir con la producción de Europa y América. y, de ese modo, no encontrarse en la misma situación que los algodoneros de toda las zonas cálidas de la vieja Europa.

Al comienzo, como todos los comienzos, los inmigrantes de estas latitudes fueron bien vistos. Tenían el encanto de los indios. sin embargo, a medida que se incrementó el flujo de mano de obra empezaron a ser mirados de lado. primero, por la población más pobre; después, por los sectores medios y bajos; finalmente, por el poder y los gobiernos. en parte, porque presionaban a los servicios estatales: salud y educación; en parte, porque se les fue asociando con los problemas irreconocidos de las sociedades avanzadas: inseguridad, prostitución, drogadicción. así, a nivel de la sociedad y del estado, fue ganando espacio la idea de que los inmigrantes debían ser detenidos, debido a la serie de problemas que acarrearían y detonaban.

De esta manera, la imagen de los ecuatorianos, peruanos, bolivianos, colombianos, venezolanos, fue adquiriendo un tinte cada vez más negativo. y el poder, en esos desplazamientos simbólicos que le son tan típicos, empezó a considerar que eran más causa de nuevos males que una parte de la soluciones represadas. y, entonces, con el apoyo de una opinión pública domesticada, de los gobernantes que quieren servicios para los

Europeos exclusivamente, de las autoridades de policía que miran con miedo estas masas de inmigrantes que les descalifican y cercan, empezaron a forjar las maneras de poner cortapisas para su ingreso. y frenar de cualquier modo a una inmigración que soterrada y deliberadamente había sido sostenida por otros medios.

Un ejemplo. Iberia, la línea española de bandera, se ha encontrado tradicionalmente en problemas. el flujo de inmigrantes de Latinoamérica y, sobre todo, del Ecuador, permitió sostener sus altos costos y ubicarse como la aerolínea de la mayores ganancias en el año 2002. esto último no solamente por las altas tarifas sino porque, buena parte de las ganancias, provenían de los pasajes de regreso que no se utilizaban, pues eran parte de los costos de la migración ilegal. por eso, hasta donde se conoce, nunca Iberia entregó los listados al estado español el registro de pasajes que no se usaron de regreso.

Este intento de poner freno a la migración ha implicado varios "esfuerzos". Se ha expresado en lo jurídico, endureciendo la legislación en materia de inmigración; institucional, fortaleciendo las instancias de control; política, generando una presión (a ratos descarada) sobre los países de expulsión y los gobiernos que los consienten; ideológicamente, reforzando la imagen negativa de los inmigrantes y haciendo recaer sobre sus espaldas los problemas irresueltos de las sociedades europeas y norteamericana.

De este modo, desde ese viejo comienzo, tan cercano en el tiempo, la imagen de los inmigrantes se ha deteriorado, lo mismo que su situación. si ayer eran vistos de lado, ahora, son mal vistos y abiertamente discriminados. todo ello no tanto con el afán de detener una marea propiciada por la globalización, sino con el objeto de restringir el ingreso de extranjeros. es decir, de hacer selectiva la llegada.

Esta restricción, impulsada por las últimas reformas a la legislación española y europea, al tiempo que limitan y selectivizan el ingreso, tienen un objetivo más opaco: apuntan a transformar a los recién venidos en inmigrantes estacionales y ya no en permanentes. en otras palabras, intenta precarizar sus condiciones de estadía bajo la justificación de que mientras vengan de tiempo en tiempo por la vía legal podrán tener mejores condiciones. de ese modo, cuando llegue el verano, las familias europeas podrán salir de paseo a la playa, veranear sin contratiempos, porque habrá

alguien que cuide la casa. Se haga cargo de los ancianos, bote la basura. al tiempo que los pequeños productores, respaldados por mano de obra barata, como sucede en sur oeste de los Estados Unidos, podrán pisar algodón, recoger la uva, levantar las olivas y cortar el tomate que será exportado al mercado comunitario.

Esta legislación, hay que decirlo, se parece a las reformas laborales que arrinconaron el derecho laboral y a las ventajas alcanzadas por los trabajadores en los distintos países del mundo, y que descansa en el presupuesto de que la flexibilización va a permitir mejorar sus condiciones de vida, cuando lo cierto es que ha precarizado y acentuado las condiciones de exclusión y pobreza.

Al tiempo que restringe, limita, selectiviza, y hace estacional la inmigración, la presión sobre los gobiernos no deja de acentuarse amparada en la premisa de que las penalidades de un viaje incierto, las desventuras en los lugares de llegada, la discriminación de la que son objeto los migrantes, se pueden evitar aquí y allá como una salida humanitaria con esos sectores de población. así, a título de proteger a víctimas inocentes de coyotes y traficantes, autoridades corruptas y prestamistas sin escrúpulos, se ha empezado a ejercer influencia para tratar de controlar la inmigración en los países de expulsión. se trata de una medida de política internacional que, aparentemente, entraña un supuesto ético cuando esconde, en realidad, un cínico cálculo político: justificar la política de presión impulsada por los gobiernos de los países más desarrollados bajo el presupuesto de un principio moral indiscutido.

Esta es una de tantas paradojas. se trata de un paradoja a nivel político que en lo genérico de los enunciados esconde los problemas de las sociedades latinoamericanas y escamotea los problemas de las sociedades europea y americana. hay que decirlo en voz alta: la acentuación de la inmigración es resultado de la globalización, de la desigualdad imperante en los países latinoamericanos, de la falta de horizontes y de la generación de un imaginario típico del desarrollo que se puede enunciar diciendo que en los países avanzados se puede tener acceso a las oportunidades, al trabajo, a la educación, a un salario justo y a una sociedad democrática, a diferencia de lo que sucede en las sociedades atrasadas o de menor desarrollo relativo. encierra, además, la idea idílica que los inmigrantes se van integrar a las sociedades avanzadas y, como ayer, van a terminar formando parte de ella. es decir, escamotea el

tema de que la migración ahora es más compleja y conflictiva que antaño, quizás porque pone en tela de juicio que la homogeneización del capital ha desatado las diversidades culturales y étnicas, nacionales y locales, que tanto chocan con esa visión que resuelve el problema de la movilidad de población y mano de obra al rasero del intercambio de mercancías.

De los dramas y paradojas de la inmigración, muchos se discutirán en estos días. valgan citar algunas: los que se relacionan con el tipo de empleo que acceden los migrantes, así como las condiciones de vida y de reproducción social en los lugares de salida y llegada (por decirlo en un viejo y calcinado discurso); los problemas asociados con la migración en uno y otro lado del mar; la feminización de la migración; la discriminación, el racismo. las políticas de los países de recepción y la falta de políticas de los estados de expulsión. el olvido de los que son sujetos los migrantes, un conjunto social del que únicamente se acuerdan los estados cuando éstos envían remesas al país de origen que, en el caso ecuatoriano, pese a la caída experimentada en el último año se calcula en el orden de 1.500 millones de dólares, y esto

solamente con el objeto de invisibilizarles una vez que por fines económicos presupuestarios han sido descubiertos.

Seguramente, en este encuentro se trataran de las formas y rutas de la migración, de los coyotes y traficantes, y de otros temas sentidos y acuciantes. sin embargo, como ayer, cuando íbamos a despedir a los viajantes en el aeropuerto en medio de la felicidad y desconcierto, ahora, sigo fijado a la imagen de los que se quedan al final de la pista alzando inútilmente la mano en un gesto de despedida con los que a lo mejor nunca vuelvan, porque ese gesto, más que ningún otro, expresa el dolor por el extrañamiento que producen las ausencias. las malas noches que generan los destierros, los deseos insatisfechos de las partidas, el rencor por el olvido, la melancolía y las enfermedades de los nervios, que se instala en los hijos de los que se quedan como otra forma amarga de protesta y de naufragio. temas sobre los que seguramente también vale reflexionar. en buena medida porque son parte de esos dramas humanos que forman parte de las paradojas de la vida de esta sociedad globalizada.

** Roque Espinosa. Coordinador Regional del Programa Andino de Derechos Humanos, PADH-UASB. Candidato a doctor en Historia Latinoamericana de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Magíster en Sociología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. Licenciado en Ciencias Sociales y Políticas, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Docente en varias cátedras relacionadas con el campo de la cultura, y la política, en CLACSO, PUCE, Universidad del Azuay y UASB. Fue director de la Escuela de Sociología de la PUCE.*

* Ponencia presentada en la Conferencia regional "Globalización, migración y derechos humanos", organizada por el Programa Andino de Derechos Humanos, PADH. Quito - Ecuador. Septiembre 16, 17 y 18 de 2003.